

DÉBORA HADAZA

HYSTERIAS DE MEMORIA

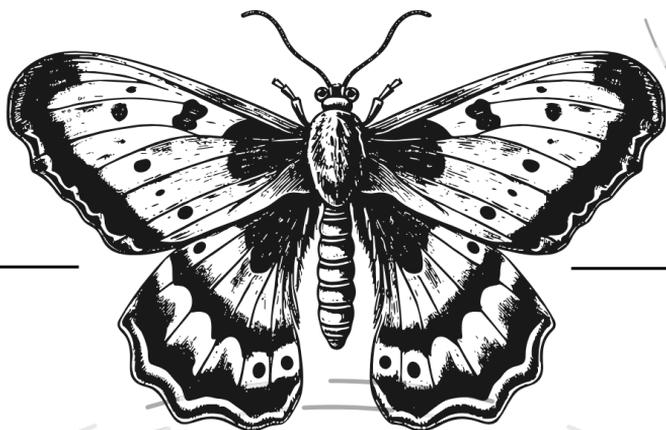
PULSIÓN Y OLVIDO



DÉBORA HADAZA

HYSTERIAS DE MEMORIA

PULSIÓN Y OLVIDO



EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

© D.R. 2025 Editorial Revontuli S.A.S.

Bajo el sello editorial "Zahareño".

Todos los derechos reservados.

Título: Hysterias de memoria pulsión y olvido.

Autor: Débora Hadaza

Versión de cortesía (eBook)

Diseño cubierta: Antonio Chávez

©2025, Editorial Revontuli S.A.S.

(+52) 222 666 9440

www.editorialrevontuli.com



EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

**HYSTERIA DE MEMORIAS
PULSIÓN Y OLVIDO**

Débora Hadaza

MEMORIA



Hay personas que olvidan pronto. Hay quien su memoria corporal no le permite retener más allá de dos meses. Yo no soy así.

Mis grandes gafas, mi bello opaco, mis labios apretados, mi boca pequeña; mi figura escuálida, mi espalda encorvada. Mi voz apenas audible. Mis ojos que no saben ver a los ojos. No soy memorable.

Hay personas que olvidan pronto. Mi padre me trataba como hija, me miraba como hija todo el día, y casi todos los días. No tenía que hacerlo, no era mi padre. Mi madre lo amargó al morir, le hizo jurar que me cuidaría más allá de la muerte. Pero no era mi padre, aunque tratara de serlo, de enseñarme, de protegerme, de suplir mis carencias, de formar mi carácter, de hacer y ser todo lo que es y hace un padre, no podía, todas las noches lo olvidaba.

Lo olvidó desde la primera noche que desperté bañada en mi propia sangre, aterrada, gritando. Esa noche lo olvidó por primera vez. Me cargó, me lamió el llanto, chupó la fuente de mi miedo, de tal forma que hizo nacer otro más profundo, más salvaje. Un miedo tan parecido al deseo, un deseo tan igual a la muerte. Su lengua incansable me dio

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

sed, solo deseaba que siguiera raspándome el alma. Angustia, como nunca, más grande que la orfandad, de que esa brutalidad se acabara, de que su sexo de minero dejara de excavarme, que por fin me vaciara y entonces se fuera, y yo volviera a ser su nada. Terror de volver a ser la nena, cuando ya no podría ser niña nunca más, ni él mi padre. De abrir los ojos y que su cuerpo ya no estuviera asfixiando el mío, pequeño, roto, sangrante. Desde esa noche, cada noche, de cada mes, de cada año dormí con él; dormí con miedo.

Nunca me permitió acercarme a nadie más, nunca. Una noche me acompañó a casa un chico de mi edad. Joven, limpio, bueno. Él se portó como un padre. Lo hizo pasar, le ofreció café, le hizo plática. Pero a la media noche, cuando yo ya dormía, entró en mi cuarto, me levantó de los cabellos, me poseyó de todas las maneras posibles, me mordió los muslos, los pechos, la espalda, mientras me decía eres mía.

Hay personas que olvidan pronto, yo no. No volví a levantar el rostro, y no solo por el cardenal que reventó el ojo, ni porque otro chico volviera a mirarme, sino por el pánico de yo mirarlo. De ver a un joven, limpio, bueno, amable, y entonces desearlo, y soñar despertarme en sus suaves y frágiles brazos y no en los otros, en los fuertes, los sudados, los terribles; en esos brazos que siempre me abandonaban al amanecer. No volví a caminar erguida, no volví a levantar la voz, no volví a mirar a los ojos, no volví a hacer nada que me hiciera memorable. No.

Hay personas que olvidan pronto. Yo no. Yo no sé olvidar. Aún recuerdo el peso de sus pasos sobre el suelo, el rechinar de la puerta de caoba, el murmullo de su ropa terrosa al caer, el aliento cortado de mi boca al sentir su pene contra mis nalgas; el olor a renuncia al canto del gallo, el hedor de su ausencia al alba, la peste del vacío al amanecer, ese nau-

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

seabundo abrir de ojos sola en mi cama.

Hay personas que nunca me notaron, que creyeron que al piano lo tocaba un fantasma, que yo jamás llenaría una sala de conciertos, que no valía la pena, que bastaba con escucharme detrás de la puerta cerrada, que yo no existía, que tanta pasión, rabia y lujuria era el sonar de un alma en pena. Toda la música que cayó en mis ojos la tocaron mis manos, desde Bach a Lachenmann, de Mozart a Ligeti. Toda esa música, bien tocada, bien peleada, bien amada. Nadie me vio, nadie me oyó. Nadie. Solo él.

Hay quienes te obligan a gritar tu nombre, que te rascan un orgullo que creíste muerto, que te sacan una furia y un hambre tan grande como para volver a caminar erguida, como para volver a sonreír. Yo lo vi. Pero sobre todo vi que él me vio. No se quedó fuera de la puerta, se recargó en el piano sin despegar sus ojos de mi rostro. Sus ojos de horno derritiendo mis miedos, mis fobias, fundiéndome.

Trabajé seis meses con él. Cada página que él compusiera se volvía música en mis manos. Estudié, comí, me impregné de cada nota, de cada acento, de cada intensión. Ya no más para huir, para olvidar, ni para recordar. Me tragué su obra para que él me mirara como nadie me había visto nunca, para que sus ojos traspasaran mi cara, para que me leyera el alma, para que me hiciera resplandecer. Yo toqué su música, yo llené salas de conciertos, yo por toda la república, yo hice arte, yo recibí aplausos. Yo. Cada noche fui una mujer nueva, sin miedo, sin traumas, sin memoria.

Hay personas que olvidan pronto. Yo traté de olvidar. Yo dejé de llegar, me sumí en el trabajo, en la música, en el piano. No volvía hasta bien entrada la noche. Puse candados a mi habitación. Cerré mis oídos ante toda maldición, amenaza o súplica. No respondí. Traté de olvidar cuánto amaba su cuerpo, su fuerza, lo mucho que deseaba que amaneciera

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

conmigo. Una noche al llegar a casa y encender la luz, vi en un péndulo a mi carne, a mis huesos, a mi vida entera, lo vi, tieso, seco, muerto.

Cada noche al terminar el concierto, al caer el telón, él se iba. Siempre había una chica con quien terminar en la cama. No era descortés. Me invitaba a ir con ellos, con los demás, con los amigos, pero yo soy yo. Regresaba al hotel y mi mano me acariciaba hasta dormir, de celos, de recuerdos, de deseo.

Hay personas que olvidan pronto, pero yo sé que jamás podré olvidar esa noche. Nunca. No.

Un viernes, la noche del último concierto en la capital, él se quedó conmigo. No hubo reportero, chica, amigo, que lo hiciera dejarme. Me sorprendió. En silencio recogimos las partituras, en silencio me tomó del brazo, en silencio salimos por la puerta de emergencia, un silencio amable pero apremiante. En silencio llegamos al hotel, y en silencio entramos en su cuarto. Mis rodillas temblaban. Los dientes me chocaban uno contra otro. Tenía la boca seca. Pero no pude resistirme. La voz del minero decía eres mía, pero no pude resistirme.

En silencio me miró, como nunca la había hecho, como si quisiera hacer de mi cuerpo una fogata. No sabes lo sensual que puede ser una mirada hasta que alguna te duele en lo más profundo de los huesos. Yo sentí por primera vez que alguien podía crearme, podía hacerme ser otra persona, otra historia. Empecé a desnudarme mientras él tocaba mi cara, mientras a besos me cerraba los ojos. Sentir el tacto más suave y más punzante que la muerte, toque de pura vida, de un dolor como de dar a luz y al mismo tiempo estar naciendo, sus dedos acariciando mi sexo, su boca mamando de mis senos una dulzura inaudita. El terror no es más po-

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

deroso. El dolor de vivir es más grande que todo cadáver. Yo quería tragarlo, engullir ese cetro de vida, sentirlo vibrar en mi carne, ver su semen correr entre mis piernas. Sentirme por primera vez inmortal.

Maldito minero, ¿cómo haces para levantarte? No pude, simplemente no pude. Desnuda me desanudé de su cuerpo, como si no se me estuviera yendo otra vez el alma. Corrí desnuda por el pasillo. Solo soy esto, la pequeña estúpida. La hija de su violador. La puta indefensa del minero. La cobarde.

Pero no fui la única que corrió desnuda por el pasillo aquella noche. Ese hombre no sabía rendirse. No pidió, no me doblegó. Simplemente como pan en mantequilla, como antorcha en paja, como la luz en la noche, entró. Y entre más me escarbaba yo me sentía más plena. Como si él estuviera lleno de yo, como si fuera el aliento que siempre me había faltado.

Desperté con el delicioso olor de su cuerpo junto al mío.

¿Qué hay en la carroña que resulta tan atrayente? ¿Qué seducciones esconde el sepulcro, la violación y el asco? ¿Por qué después de conocer la vida me pareció tan deseable la muerte?

Cuando terminó la gira lo dejé. Dejé el piano. Dejé de comer, de respirar, de ser. Volví a la casa del minero. Hacía un año que no entraba. Un fuerte olor a olvido me tumbó. El sudor del minero llenaba la estancia, su sombra la cabecera de la mesa, su cinturón que sostuvo su cuello pendía del techo. Y al recordarlo colgado sentí que también el aire se me iba. Como si un río estuviera esperando estallarme me rompí, llanto salido de mi útero, desde los abortos enterrados en el jardín, desde los gusanos que se habían comido su cuerpo, desde la tierra que tanto cavó. Su recuerdo me hizo

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

trizas.

Perdí la cuenta del tiempo. Un día abrí mi correo y estaba lleno de él. Sus palabras de niño, la ternura que no conocí hasta sus ojos, palabras que pensé que no existían. Cuanta hambre le puede haber a una cabeza que no puede olvidar, a un cuerpo que repite poro a poro una caricia. Y esa cama tan grande, tan fría, tan llena de cuevas, de vacíos y de oscuridad. Y ese hombre tan lejos, y esa música tan fuerte. Tomé las maletas y sus llaves. Si seguía viviendo en el mismo lugar iba a encontrarme.

Hay personas que olvidan pronto. Yo no. Estúpida no olvidas, pero tampoco sabes contar el tiempo. Llegué, abrí, entré, oí. Risas. Su voz. Otra voz, otro cuerpo. ¿Cómo pudiste creer que sería eterno? ¿Cómo pudiste confiar que esas palabras no tenían caducidad? Maldito minero y otra vez tuviste razón. ¿De quién podría ser sino tuya, si pertenezco a la tumba, a la tierra, al olvido? Si no me enseñaste a hablar, si me hiciste creer que siempre estarías, ¿de quién más puedo ser sino del hoyo que en todos lados cavaste para mí?

Esperé hasta que se fueron, pero al irse cerró con llave y yo no tenía esas llaves. Lo intenté, pero no pude salir. Tampoco podía dejar de llorar. Lo vi llegar otra vez. Quería golpearlo, pero ya todo estaba rígido. Un hilo de luz salió de sus ojos, pero no fue tan fuerte como para jalarme al otro lado.

Hay quienes olvidan pronto. Yo la recordé todos los días, la esperé todos los días, le escribí todos los días, pero solo hubo silencio. Hay muchas formas de negar el olvido, pero ninguna de conseguirlo. Cuando llegué la vi. Colgaba de una lámpara. Aún respiraba. La solté, traté de que no cayera, la besé. Un fuerte olor a sudor y tierra me obligó a voltear. Y de frente recibí un palazo que me derrumbó.

Desperté con su cuerpo muerto entre los brazos, sin luz, sin música, sin nada de aire, sin nada de mí.



**NUESTRO TAXISTA
DE CONFIANZA**



9:00 p.m.

—¿Ya le hablaste a don Mario para que te lleve mañana?

—No, no estoy segura de querer llamarlo, ya ves lo que nos contó tu mamá la otra vez.

—Pero no lo aseguré, nomás dijo que eso le había contado la vecina y tú hasta dijiste que no creías porque no se le veía cara de asesino.

—No, yo dije que se le veía cara de pendejo y una cosa no excluye la otra.

—Pero si no te lleva él ¿cómo te vas ir? Por acá no pasan taxis hasta ya muy amanecido y yo no te puedo llevar.

—No pos gracias amor

—Ay, ¿crees que si pensara que es peligroso te diría que lo llames? De seguro es puro chisme y mira por si las moscas no le menciones nada que pueda inquietarlo y ya.

5:00 a.m.

—Buenos días Don Mario

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

—Buenos días señora/señorita, ¿cómo ha estado? ¿Cómo está el joven Andrés y su niña?

—Muy bien, dormiditos, nomás yo ando madrugando

—¿A dónde me la manda el joven tan temprano?

—Él a ningún lado, yo que voy a estar yendo a Monterrey por asuntos del trabajo al menos una vez al mes.

—Ah pos aquí me tiene a sus órdenes, mientras su señor marido la siga dejando ir Elvira apretó la sonrisa para que no se le desacomodara tan rápido la mañana, pinche viejo machista pensó, pero ni modo, irse a vivir a la punta de la fregada tiene ese tipo de consecuencias: no hay transporte, no hay amigos que vivan cerca, no hay más que lo que hay.

—¿Y su esposa cómo está?

—Ay señorita, ¿no le molesta que le diga así verdad? Es que para mí la señora, señora, es su señora suegra

—No se preocupe

—Bueno, le decía señorita que hace un mes que no la veo

—¿Ah? Lo siento —dijo Elvira pensando la cagué, luego luego la cagué—, ¿y el trabajo todo bien?

—Pues no sé señorita, este es el primer viaje que hago esde hace un mes exactamente. El primero desde que ella me dejó. No se apene señorita, usté qué iba saber. La verdad no quería ni trabajar de lo deprimido que estaba.

—Claro, todos estaríamos igual

—Ay eso sí no sé, las viejas, con todo respeto, son bien cabronas señorita.

—No todas, don Mario, no todas

—Según mi experiencia sí señorita, con todo respeto le digo. Mi vieja, yo que iba pensar que me iba jugar chueco. Yo la veía toda jodidita, toda panzoncita, así, simplona y poco agraciada, jamás pensé que me estuviera pintando los cuernos o, ¿usté la creía capaz señorita?

—Nombre ¿cómo cree?

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

—Ya ve que dicen que el último en enterarse siempre es el cornudo, igual toda la pinche colonia bien que sabía lo que esta vieja piruja hacía.

—Yo...

—Nah no importa, ni quién le diga a uno nada, todos nomás ven como le pesa a uno la cabeza y ni quién se apiade del pendejo de uno y menos ustedes, no, no, si se hacen una, pinches viejas brujas, compinches.

—¿Disculpe?

—Mire señorita yo sé que ustedes como familia son la excepción, ustedes ni siquiera pertenecen al barrio realmente, llegaron hace poco tiempo, así que no se preocupe sé que ustedes tal vez no sabían nada, tal vez. En fin, los demás de aquí son unos chismosos desgraciados. Todos sabían que nomás yo me iba...

—Ah ok, pero mire qué bonito se ve el ciel...

—No señorita, no me cambie el tema que ya empecé a contarle mis desgracias y una vez empezando no me gusta detenerme. Nomás yo me iba de pendejo a trabajar y la muy putona se vestía, se arreglaba y le abría la puerta a un mendigo chipileño que pasaba a vender quesos todas las mañanas.

—Con razón ya no he visto al chipileño —Se le salió decididamente

—Sí señorita por eso ya no lo ha visto, un día, hace un poco más de un mes, llegué de sorpresa, resulta que desayuné algo que me hizo daño y pos necesitaba desahogar el intestino, con su permiso me estaba desbaratando a pedos y pos llegué confiadísimo a cagar, cuando parando la oreja los escuché, gime y gime como puercos en celo, en mi ama. ¡Hágame usted el recabrón favor! Pero no crea que me salió el macho mexicano, no, yo me aguanté, me callé y hasta caqué despacito para no incomodarlos. Y me salí lentamente a poncharle las llantas al chipileño, como a las tres horas lo

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

encontré en la vulcanizadora que está a la vuelta de su casa, ya sabe “lo encontré”, me vio como si yo fuera un aparecido, pero se quiso hacer el gracioso y empezó a sacarme plática como si nada, y eso sí ya no, eso ya era querer pasarse de listo, entonces le metí la llave de cruz en el ojo. El vulca se quedó de a seis, pero pos la cosa desgraciadamente no podía quedar así, de seguro iba ir de hocicón, entonces él le clave el cuchillito, este mire, el que traigo colgado del retrovisor, se lo enterré en el corazón hasta que dejó de patear.

—¿Sabe? Recordé que mi avión sale hasta mañana, ¿me podría regresar a la casa?

—No señorita, usted me pidió un viaje al aeropuerto y ahí la voy a llevar, ni modo que se quede sin volar.

—En serio, me equivoqué de día, si no puede llevarme a mi casa bájeme aquí, por aquí está bien.

—Sí, ya sé que para usted está bien por aquí, no crea que no la he visto por estos rumbos, salir de esos departamentos antes de las dos de la tarde, eso sí nadie puede acusarla de ser mala madre, siempre llega tempranito por su hija, ¿no?

—No entiendo qué está insinuando, en serio bájeme

—Ay señorita, mejor le sigo contando. Para no seguir acumulando muertitos cerré la cortina y llamé a mi vieja, así de vieja por favor ven a ayudarme tengo un pedote, estoy acá en la vulca, tráete la sierra. Obvio que ella llegó en chinga con su carita de mosca muerta, qué necesitas amor, qué quieres que haga. Pensé en filetearla nomás entrara, pero entonces no iba a ver lo que había provocado, mejor le prendí la luz y le tuve que tapar el hocico porque se puso a gritar como loca.

Como no la podía calmar le tuve que romper la cabeza y ya, se calló. Con la sierra los hice trocitos. No trocitos trocitos, en realidad fueron pedazos muy grandes. Afortunadamente el vulca no trabajaba diario, de hecho, fue una

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

suerte que ese día hubiera abierto, entonces pos no ha habido bronca, enterré los pedazos en el terreno de atrás. Luego a la vista de todos le cambié las llantas a la camioneta del chipileño; cómo se han de haber reído mis vecinos de mí, *ay sí el pobre cornudo además es buen samaritano y le cambia las llantas al que se parcha a su vieja*. Me esperé hasta la madrugada y maneje horas y horas, allá entre Durango y la chingada la dejé. La versión oficial es que mi vieja se fue con el chipileño, eso le dije a su esposa cuando vino a buscarlo. Hasta chillamos juntos nuestro abandono, traté de cogérmela, pero no se dejó, pinche vieja fea olor a vaca, siempre me han dado asco los pelillos güeros allá abajo, pero estaba dispuesto a aguantar los ascos con tal de vengarme de los cuernos, pero ni modo, al menos violador no soy.

—Mire, siento mucho todo lo que le ha pasado, por favor destrabe los seguros y déjeme bajar.

—No sea ingenua señorita, usted ya no va a bajar de aquí viva.

—Mi esposo sabe que me subí a su taxi

—Claro que lo sabe, él le insistió que me llamara ¿No? ¿Por qué cree? Como le dije me cagan todos esos que saben que a uno le pesan los cuernos y no dicen nada, yo sí soy compa, yo le dije a su esposo de sus visitas al centro de la ciudad, de que tres veces por semana sale sonriente de uno de los edificios de los mosaicos, entre los dos la espiamos desde hace un rato. No se preocupe señorita, nadie va a sospechar nada, usted nunca le avisa a nadie de cuando llega a un lugar, entonces hasta dentro de una semana se van a empezar a preocupar.

—¿Mi esposo planeó esto?

—Sí, no solo obviamente, su señora suegra le ayudo mucho a decidirse. Él estaba todo triste y jodido, así como yo; ustedes no saben cómo le friegan a uno la vida con sus trai-

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

ciones.

—Él también ha tenido sus aventuras, no es un santo

—No, claro que no, pero como le dije somos compas. Tiene razón, yo lo he ido a recoger varias madrugadas de los moteles en donde se desestresa de usted. Y es que viéndola compadezco al pobre joven, de seguro usted es como una continua patada en los huevos. Como le decía su señora suegra, muy buena madre, mujer y vecina, me llamó pa' que le contara mi historia y le ofreciera mi ayuda; ya sabe, después de todo yo siempre he sido su taxista de confianza.

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA



EL FESTÍN DE LOS GATOS



¿Cómo empezar? Es difícil explicarte, y solo mi nobleza de raza me obliga a hacerlo, pero ¿cómo? ¿de qué manera hacerte entender por qué? Es difícil para mí porque te volviste estúpida como todos los demás, ya no entiendes nada, ni al cuerpo, ni a las caricias, ni a los gemidos; eres estúpida y esa es razón suficiente para despreciarte y jamás posar de nuevo mis ojos en ti; pero, como lo dije antes, es por la grandeza de alma que poseo, mil veces mejor que la tuya y la de tu especie, que explico la razón de mi venganza.

Tú y yo fuimos amigas, por increíble que parezca así fue. No entiendo todavía cómo lograste crecer tanto en inteligencia, sensibilidad y elegancia, tanto que tuve la confianza de volverte mi cómplice; eras distinta, a ti no podía confinarte a la servil tarea de acariciarme, alimentarme y asearme con la oficiosa solicitud que todo mundo entiende necesaria y pertinente para un gato; contigo no era justo solo disfrutar la tibieza de tu cuerpo, y la tranquilidad de tu respiración al dormir sin dar nada a cambio. Desde que te vi supe que eras digna de llevarme en tus brazos y meterme en tu casa, desde que sentí la hoguera dormida en tu piel supe que tenías alma, que en tus ojos había vida, que habías

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

nacido para ser adorada al igual que yo, que no eras como la manada de imbéciles que recogen un gatito y creen que encontraron “mascota”, desde ese momento entendí que tú podías aprender de mí.

El oficio del amor, de la seducción, del hedonismo puro y perfecto. Ummmm, ¿lo recuerdas? ¿Cuántas veces me contemplaste, me seguiste? Oh yo sé que entendías y que esperabas, que asimilaste cada gesto y movimiento, que discernías sabiamente hasta el más imperceptible timbre, variación de volumen, e inflexión de voz; que entendías el propósito de tanta aparente violencia, la razón de los largos y profundos maullidos de placer, ¡oh sí! Tú lo sabías, tú me viste disfrutar bajo la luna, de mi cuerpo, de sus cuerpos, del amor, del placer; así lo hiciste luna tras luna, hasta que llegó tu hora de ejercer.

Creciste. Tus ojos de niña, que destellaban como antorchas, se volvieron un incendio cuando te hiciste mujer. Era un deleite comprobar bajo la sábana la madurez de tus pechos, la profunda caída de tu cadera a la cintura, la redondez de tus piernas, la suavidad de tu piel. Tu voz siempre en celo me mataba de envidia, saber que tú podías hacerle hervir la sangre cualquier día a cualquier macho me volvía loca; pero aprendiste, como yo, el tiempo de la luna.

El recuerdo de tu primera luna realmente llena es imborrable. El asqueroso ronquido de tu etílica madre no logro intimidarte, bajo mi techo metiste a tu hombre ¡qué hermosa y tierna fuiste! Me sentí muy orgullosa de tu lucha, de tu danza feroz y sensual ¡Qué hermosa manera de reducir a mortal angustia su cuerpo, sus brazos, su fuerza, su sexo!

¡Oh y al final la dichosa entrega, los convulsos y estremecedores gritos! Estoy segura que le rasgaste la espalda, que lo ensordeciste a gemidos de gata en celo, que le impregnaste el enloquecedor olor de tu cabello. ¡Qué dichosa fui! ¡Como

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

disfruté contigo desde mi lecho! Todos mis amantes reconocieron el fervor renovado en mi carne. ¡Cómo te amé!

Y así, de luna en luna, de lecho en lecho, de placer en placer; cazábamos durante tres semanas para degustar hasta saciarnos en la cuarta. Claro saciarnos es un decir; ¿cómo saciarse de beber fuego, de volar entre nubes, lluvia y rayos? Imposible.

Un día me crecieron los ojos. Cómo me duele recordar el desengaño. Nunca estuve más plena, más feliz ni sensual; no podía parar de decírtelo con mi cuerpo, en todo momento me enroscaba en tus piernas, te necesitaba, necesitaba tu cariño, que compartieras mi alegría, la dicha y esperanza de traer a este vil mundo otros tantos pares de luceros para llenarlo de belleza. El día que nacieron mis hijos tú me atendiste, estuviste conmigo y me consolaste. Te compartí mi orgullo, mis tres pequeños, hermosos, fuertes, vivos; no paraba de mirarte y de hablarte, tú no dejabas de acariciarme, pero nunca sonreíste.

Ese mismo día empezó tu decadencia. Yo no lo podía creer, sencillamente era imposible. Tú, la mujer más gata, más libre, más bella y orgullosa, empezaste a llorar, a lamer botas como perra estúpida, a refugiarte en ese montículo de grasa y bofe apestoso a alcohol.

¿Cómo podías hacer eso? ¿Cómo comenzar a despreciarte, a sentir lástima por ti? Y ahora, justo ahora que te veías más hermosa que nunca, ahora que tus pechos parecían manzanas a punto de caer, tu vientre se asemejaba cada vez más a la luna de los amores, y tus ojos eran un reposado río de fuego ¿cómo podías estar así de triste ahora? No lo podía entender. Hasta el día, en que el espanto de bestia de tu madre te gritó que sacaras de la casa a mis niños y me llevaras a esterilizar.

No sentí miedo, era imposible que cumplieras esa orden,

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA

eras mi amiga, mi alumna, mi cómplice, nunca lo harías, imposible. Sin embargo, lo impensable comenzó a suceder. Nos tomaste a mis hijos y a mí, pero esa no eras tú, era un idiota; un rostro más muerto e imbécil nos llevó al veterinario, unos ojos más opacos que el charco donde se crían los sapos, quizá tan opacos y estúpidos como los sapos, me dejaron de mirar cuando el veterinario anestesiaba. Cerraste los ojos y tu mano, no escuchaste mi maullido suplicante. ¡Maldita perra! Desde ese día te odié, y te juré que ibas a arrepentirte hasta la muerte de tu traición.

El día llegó, la primera noche de la última luna llena del año. La mole que cargabas apenas te dejaba mover, ridícula y fea como un hipopótamo te desplazabas por toda la casa, con los ojos como huevos cocidos de la angustia. Tu madre, el monstruo mayor, no llegaba, y cuando llegó daba risa ver ese sapo enorme tambalearse como gelatina gigante, mientras tú, vaca a punto de reventar, la sostenías. Como era obvio los dolores te vinieron en medio del vomito de tu cerdo—madre, tu engendro casi nace escuchando el desfogue de sus chillidos. Pobre de ti, llegaste al hospital solo para dar un crío muerto, pobrecita tú, la de brazos vacíos en una cama fría de un miserable hospital; pobrecita tú, a la que nadie acompañó en el velorio de su pequeño hijo recostado en una silla; pobrecita tú, la que se durmió de cansancio y no pudo ver, ni oír, ni sentir nada.

Nada pudo despertarte, pero tampoco nada pudo evitar que lo soñarás. El ruido de cientos de patas cayendo, el murmullo sigiloso de 50 cuerpos arribando al llamado de la gula, la casa oscura como sótano llenándose de antorchas crueles, el rondín lento y seguro alrededor del pequeño y frágil féretro, el olor a tierno embriagándonos de deseo, y por fin, el festín de suave carne tierna saboreada hasta el tuétano.

EJEMPLAR VIRTUAL DE CORTESÍA



Para continuar leyendo los relatos de “Hysterias de memoria pulsiones y olvido”, se puede adquirir la obra completa en el sitio web de Revontuli Editorial.



www.editorialrevontuli.com